

La mano por los cristales
metía para agarrarla,
y estando en el agua nunca
el pobre pudo pescarla.
Por más tiempo que tenía
cual trucha se le escapaba
con gran pesar, que en las manos
los contentos se le aguaban.
Dos mil gracias la decía;
pero, como era pintada
la ninfa, por cada una
otra le daba estampada.
Sol le llamaba á la sombra,
complicación temeraria
y disparate, que yo
le sustentaré en su cara.
Hermosa deidad, decía,
cuyo brinquillo de plata,
por ser tan pulido, puede
beberse en un jarro de agua;
mira que de amores muero,
no andes conmigo tirana,
que es impropia la dureza
en ninfa tan remojada.
En la Troya de mi pecho
introduces fuego y agua;
mas, como estás en las ondas,
piedra eres siempre á mis ansias;
acábame de tirar
contigo, porque maltrata
amor con palo de ciego
mucho más que con pedrada.
Tan ciego estaba de amor
que, en su aplauso, la llamaba
cara de rosa á la que
era de Narciso cara.
La hermosura de la ninfa
no me es posible copiarla,
porque solo tengo sombras
y los colores me faltan.
Mas esta pintura es
de imprenta, siendo de estampa,
que en mirándose Narciso
se imprimía en tinta blanca.
Que el fuego en el agua viva
no es mucho, si se miraba
que el incendio de su amor
era la lumbre del agua.
Es cierto que para un pobre
era ésta famosa dama,
porque ni viste, ni come,
ni tiene dame, ni daea.

No era muy estraña aquesta
en las que son cortesanas,
pues mil carabanas tiene
y esta es una cara vana.
Queríala el joven tanto
que, en sus perfecciones raras
elevado y divertido,
siempre en ella se miraba.
Engañábale su sombra
porque no llegó á mirarla
con calzones, porque siempre
se veía Narciso en aguas.
Y aunque se los viere, hay
machorras ninfas bragadas,
que los traen, como también
hay Narcisos que traen sayas.
Si de Vulcano la red
la echa, llega á pescarla,
que quien deidades espuma
coje y se moja las bragas.
Cual buzo se zambullía
por la perla imaginada,
pues que las mujeres echan
á pique á cuantos las aman.
Que era su sombra imagina,
que sin duda era mulata
la ninfa, si en agua vista
es cualquiera sombra parda.
Y no es mucho, que hay novicios
que son golosos de pasas,
y en las cepas del amor
se mueren por vendimiarlas.
Nunca se vió en ese espejo
el galán de que se trata,
no en el brindis de beberla,
sí en espejo de gozarla.
Y fué mucho cuando el joven
siempre que iba á pescarla
el cuerpo no la cojía;
mas cojiale las aguas.
Andaba Eco tan celosa
que á Narciso no dejaba
á sol ni á sombra; mas cuando
quisieranle también otras
ninfas, y él las despreciaba
por la copia, y á las vivas
no podía ver pintadas.
Pero esta sombra le traía
tan fuera de sí, que andaba
suspenso como poeta
al que un concepto le falta.
Viendo no la conseguía

el jóven desesperaba,
y murió de amores propios
porque ignoraba la causa.
Enterráronle y nació
entre otras flores hidalgas;
dígoles, por que no entiendan
que fué nacido en las malvas.
Todos en el mundo son
Narcisos de cosas varias,
pues todas tienen de amor
porque este ciega y engaña.
Narcisos son de grandeza
cuantos hinchados la tratan,
que piensan que presumirla

es lo mismo que alcanzarla.
Narcisos son de nobleza
los que, alegando montañas,
ásperos hidalgos son
cuando la hidalguía es llana.
También de ingenio Narcisos
son todos los que se agradan
de sus obras, y se miran
en ellas para estimarlas.
En fin esta es flor de todos,
cuya hermosura gallarda
admira la necedad
y la huele la ignorancia.

REDONDILLAS ORTOGRÁFICAS

Que en este mundo ramplón
el que sufrió un desengaño
quede aficionado al daño,
no es cosa de !

Según un autor difunto:
ni comida calentada
ni amistad reconciliada:
yo disiento en ese .

Que en la tierra hay muchos vivos
que penan por hembras tales
y gustan, no de finales
sí de

Quien por su gusto la broma
vuelve á seguir cachazudo,
que Dios lo haga buen cornudo
y con su pan se lo .

POLIFEMO Y GALATEA

Gracias á Apolo que llega
la hora de charlar un rato
de *Polifemo*, que esto
va todo muy á lo largo.
Invoco al dios de poetas
como á primer boticario,
porque con su ayuda pueda
burlarme aquí sin empacho.
Señor Sol, Febo ú Apolo,
no me dé ripio á la mano

con sus nombres, porque esto es
de ingenios desatinados
Erase el tal gigantón,
jayán tan desmesurado,
que no ha habido en las mentiras
ninguna de su tamaño.
Mediase con el cielo
ó poquito más abajo
mil leguas, porque no digan
que yo le quito ó añado.

Copiarlo en embrión pretendo,
 porque no hay para pintarlo
 de todo punto pincel,
 lienzo, colores ni espacio.
 Cañamo sería el pelo,
 donde los mechones lacios
 eran cordeles torcidos
 para hacer hondas trenzados.
 Por la vega de la frente
 pasaré sin dilatarlo,
 pues que ya ha llegado un ojo
 donde es preciso el reparo.
 Ojo de puente ha de ser,
 visto está, que para un casco
 tan disforme y para solo
 otro, mejor es cegarle.
 Tenía por niña de él
 una vieja de cien años,
 que la puericia en la vista
 es para ojos ordinarios.
 La nariz era disforme,
 pues además de lo largo
 eran las ventanas puertitas
 y el caballete caballo.
 Era la boca una gruta,
 los dientes eran peñascos,
 la barba era de ballena,
 y el pescuezo un campanario.
 Por hombros tenía las
 Peñas de Francia y de Martos,
 los brazos eran de mar,
 siendo dos remos las manos.
 Un cable de Capitana
 con dos anclas en los cabos
 ceñía por cinto, y
 le abrochaba reventando.
 Las demás partes del cuerpo
 denotaban que su garbo,
 de puro bien repartido,
 pasaba á desperdiciado.
 Desde que era muy chiquito
 fué muy gran enamorado
 de Galatea, gigante
 que moría por enanos.
 Asís, pastoreillo humilde,
 era también su cuidado,
 que el amor más llano y firme
 tiene sus altos y bajos.
 A los dos quería á un tiempo
 y eran sus amartelados;
 uno, por razón de burla,
 y otro, por razón de estado.

En el rastro de la ninfa
 eran, para darla abasto,
 el pastoreillo el sincero,
 y el gigante el obligado.
 Asís era el de su gusto
 y Polifemo el del gasto;
 el del uno amor vendido,
 y el del otro amor comprado.
 Desesperaba el jayán
 al mirarse tributario,
 con altura de cien varas,
 de un mozuelo siete palmos.
 No hacía el pastor con él
 buenas migas, y era el caso
 que en el plato de los celos
 le hacía morder del ajo.
 A solas consigo mismo
 premeditaba en su agravio,
 que al jayán se le alcanzaba
 todo porque era tan largo.
 En sus celosos discursos
 estaba dando y cabando,
 y entre sus celosas quejas
 así decía rabiando:
 —¡Que compre un hombre una polla
 y la coma solitario,
 y que á una mujer no pueda
 cenarla sin convidados!
 Las ninfas, como la miel
 en poder de los muchachos,
 son relamidas y dulces
 que están al gusto inquietando.
 Tengo de perder el juicio
 con este amor ó este emplasto...
 ¡Válgate el diablo por Asís,
 lo que me das de cuidados!
 Trocárame yo por él
 aunque fuera un jayán bajo,
 que en amor lo que se hurta
 gusta más que lo comprado.
 ¿Hay gusto que se le iguale
 á un gusto con sobresalto
 de una mano por detrás
 del pobre que paga el pato?
 Gorras conmigo? Al infierno!
 Ni pido ni doy barato.
 Cuerpo de Apolo con todo!
 Quien quisiere amor, pagarlo.
 Ingrata enemiga mía
 causadora de estos daños
 ¿qué has visto en un pastoreillo
 como del codo á la mano?

No soy más hermoso que él,
 pues mi rostro, por ser alto,
 en un lado tiene al sol
 y á la luna en otro lado?
 Ya no será Polifemo
 el que escribe con la mano
 su nombre en el cielo, si
 ya lo escribe con los cachos.
 A la luna me parezco
 porque de un modo encarnamos,
 que un agravio manifiesto
 también tiene cuernos claros.
 ¿Qué dirá la ley del duelo
 de los gigantes honrados?
 Mueran Galatea y Asís,
 la carne, el mundo y el diablo!
 Esta es mi resolución,
 por los dioses y soberanos!
 fuera cuernos! —dijo y
 tiró el sombrero por alto.
 Entró en esto Galatea
 que le venía buscando,
 más hermosa y más florida
 que un año entero de Mayos.
 Pero cómo, sin copiarla,
 por menor su beldad saco?
 Corto el hilo de la entrada
 que después volveré á atarlo.
 Tres varas como tres puntos
 con una larga de un palmo
 calzaba la ninfa, siendo
 los pontebies dos zancos.
 Las columnas del *non plus*
 eran piernas, y quitando
 el *non* proseguían más
 las Indias de lo tapado.
 El talle ni una ballena
 era bastante á tragarlo,
 que para tan gran carnada
 es muy pequeño pescado.
 Lo demás no admite copia,
 porque era tal su recato
 que los altos los tapaba
 y descubría los bajos.
 Medio jayán, media ninfa
 copio no más, por juntarles
 y hacer novedad de un
 hermafrodita retrato.
 Esta es Galatea ó la
 parte que es aquí del caso.
 Vuelvo al hilo de la entrada
 así prosigo anudando.

Díjole: —amado, querido,
 mi bien, mi gusto y regalo.—
 Y el gigante la responde:
 —mi mal, mi ruina, mi daño.—
 Azaróse Galatea
 y, con semblante admirado,
 torció á un lado la cabeza
 y así se paró á mirarlo.
 Paseábase el gigante,
 vueltas acia atrás las manos;
 á ratos dando patadas
 y de continuo bufando.
 A cabo de una gran pausa,
 que se estuvieron mirando,
 dijo la ninfa al jayán:
 —parece que estás borracho
 ¿qué tienes? —Y Polifemo
 la respondió: —Tengo el diablo
 que te lleve, y tengo más
 de trescientos mil venados.—
 No bien dijo estas palabras
 cuando alzó la ninfa el tranco
 y se le plantó delante,
 echándose atrás los brazos.
 Alzó la agraciada ninfa
 el grito, con tal desgarró
 que Polifemo la oyó
 teniendo oídos tan altos.
 Juntóse un grande concurso
 de las gigantas del barrio,
 que en unas casillas bajas
 vivían junto del Rastro.
 Con el favor que la dieron
 se aumentó su desenfado;
 y él la amagó de cachetes,
 escupiéndose la mano.
 Metiéronse de por medio
 las zagalas, sosegando
 al jayán que, de enojo,
 estaba medio borracho.
 —Dejen, dejen que me pegue
 el pícaro brutonazo!—
 ronca gritaba la ninfa,
 toda anegada en catarro.
 ¿Pegarme á mí? No ha nacido
 ni nacerá en dos mil años
 el guapo —gritaba ella,
 entre gimiendo y llorando.
 —No la há conmigo, decía
 otra de muy buen fregado,
 gigantilla, grande chula,
 hermosa y de pocos años.

Con todas allí y con todos
 Polifemo amostazado
 respondía con furor,
 jurando á tantos y á cuantos.
 Cojió la mano por todas
 una gigante de garbo,
 amiga de Fierabrís
 que la andaba consolando.
 —Tratar tan mal á las ninfas
 no es de gigantes honrados,
 y si esto hace un Polifemo
 ¿qué hará un ciclope villano?
 ¿Por qué es el enojo?—Y él
 la respondió muy airado
 —Por Asís, ese mozuelo
 pastorcillo renacuajo—
 Luego que nombró al pastor
 dió Galatea en el caso
 y, volviendo á alzar la voz,
 así dijo sollozando:
 —Y ahora le toma de nuevo
 cuando sabe que, há dos años,
 de mi amor él y el pastor
 se han partido como hermanos?
 Venga acá! cuanto mejor
 le está á su gusto y regalo
 tenerme con otro á mí,
 que no tenerme con cuatro!
 Cotufas pide al amor?
 Ese es mucho desacato.
 No le basta buena moza
 sino también ser casado?
 Si me anda con amenazas,
 sepa que me están rogando
 Goliat y otro caballero,
 y haré que le dén de palos.
 Yo no ando con circunloquios
 que me precio de hablar claro;
 señor Polifemo mío,
 ¿ésto es beberlo ó vaciarlo?
 El pastorcillo ha de entrar
 por encima del más alto,
 y con esta condición
 me tendrá por suya... á ratos.
 Que á mí como lo quería
 fué lo que los dos tratamos
 y lo que él quiso, que yo
 quería quererle á cuatro.
 —Razón tiene que le sobra
 por encima del tejado,
 dijo una gigante vieja
 que fué alcahueta de entrambos;

porque pasó, como dicen,
 ante mí doy fé del caso,
 como latamente consta
 de mi oficio de recaudos—
 Sosegóse la pendencia
 porque entre todas pendieron,
 lo que diré en otra copla
 que en esta no cabe tanto.
 El trato fué que la ninfa
 al pastor no hiciese caso,
 y convenido el gigante
 quedó en hacerla un regalo.
 Aceptaron el partido,
 ella astuta y él muy asno,
 pues de contado le dió
 y le pagó de contado.
 En una danza del Córpus
 le dió celos declarados
 Galatea, porque vió
 que le andaban por debajo.
 Fuése del baile, y á ella
 le escribió con desenfado
 en pergamino de toro,
 con unas letras de á palmo:
 «Trinchitaria Galatea,
 «que viene á ser siete grados
 «más que ramera, ya he visto
 «tu amor y tu aleve trato.
 «Bien sé que á otro pastor quieres
 «para que guarde el ganado
 «cabrió que estás haciendo;
 «pero no he de ser yo el manso.
 «Una gala que tenía
 «que darté en el Octavario,
 «se la daré á la Tarasca
 «que me hace más agasajo.
 «Yo te cortaré la cara
 «aunque no quede vengado,
 «que para tantas reveses
 «es poco despique un tajo.
 «Quédate para quien eres
 «y quiere al pastor villano
 «muchos años. Que los dioses
 «te guarden mientras te mato—
 «Polifemo.»—En el momento
 que hubo leído el despacho,
 rompió la piel Galatea
 como si fuera de trapo.
 Enardecióse la ninfa
 y echó gigantesco llanto;
 puso en tinaja la boca,
 que puchero es poco barro.

Lloraba lágrimas perlas
 como unos huevos de pato,
 que aljófares en gigante
 dirán que es menudo llanto.
 ¿Tajo en la cara? Y con esto
 creció tanto lo llorado,
 que hizo los ojos dos ríos
 solamente con el tajo.
 ¿Trinchitaria? A quien ha visto
 más que al otro el mentecato,
 tres que no saben los dos,
 y seis que me están rogando?
 La honestidad no he perdido
 con cinco, que hasta el octavo
 es amor parva materia
 que no quebranta el recato.
 Respondióle á su papel;
 pero tan desvergonzado
 y disoluto, que por
 honor del galán, lo callo.
 Enviósele y entró
 el pastor, con cuyo agrado
 el invierno de sus ojos
 pasó con muerte de Malco.
 Dejemos estos amores
 de los dos, y doy un tranco
 para hablar de Polifemo
 que estaba dado á los diablos.
 Luego que vió la respuesta
 y que se la había llevado
 el pastor muy de codillo,
 se determinó á matarlo.
 Pillólo un día en la playa,
 y arrojóse al mar volando
 Asís, que de un gran peligro
 es propio salir nadando.
 Como á él le cojió de susto
 discurrió mal en su amparo,
 porque en el agua le daba
 más ocasión de pescarlo.
 Entró tras él Polifemo
 tan ciego y apresurado,
 que por no dar vaho á cosa
 se zabulló en un remanso.
 Tentó un peñón Polifemo
 dándole á la mano,
 tanto á Asís,
 tanto.

En la cueva del gigante,
 que estaba sola, se entraron,
 cuando al són de su zampona
 vino á encerrar su ganado.
 Entró y entornó la puerta
 que era un tremendo peñasco,
 que á tan disforme portada
 eran los pinos enanos.
 Echó bastidor á un risco,
 el cerrojo de alabastro,
 y en la chapa de una losa
 cerró con llave de mármol.
 Más qué es lo que dices, Musa?
 no adviertes que nos burlamos?
 veras reclama el asunto
 y dá las muestras del paño.
 Encontró con la cuadrilla
 y, cual si fueran gazapos,
 se merendó en un instante
 dos, vestidos y calzados—
 ¿Qué comida griega es esta?
 dijo el jayán regoldando;
 á huevos crudos curadme
 vosotros de tal empacho—
 Sacó una gran bota Ulises
 y convidándole un trago,
 le puso de calidad
 que andaba calamocano.
 Subiósele el vino arriba
 y tardó dos ó tres años,
 que había muchos repechos
 y era el camino muy largo.
 Alegróse y preguntóle
 por su nombre, y el taimado,
 haciéndose el bobo, dijo:
 —¿Quién? Yo? Yo mismo me llamo.
 Durmió el gigante la mona
 sobre un molido peñasco,
 que la lana de su aprisco
 aun no había trasquilado.
 Viendo Ulises la ocasión
 le sacó la punta á un palo
 y emprendió un hecho, que yo
 también lo hago á ojos cerrados.
 Pególe, en el singular,
 tan grandísimo estacazo
 que le hizo ver las estrellas
 con dejárselo clavado.
 Dio tal grito Polifemo
 que, al eco ronco, temblaron
 los montes y las encinas
 que le estaban escuchando.